

sino de un principio interno, á lo ménos negativo, ó de una esencial capacidad para no pasar los límites de cierta clase de operaciones. Asimismo la dicha limitacion nos obliga á conocer, que las determinadas operaciones que los animales aprenden y exercitan por medio de la enseñanza, no son efecto de conocimiento de los objetos, ni de lo que aprenden, sino solamente de su instinto, ó ley natural necesitante, y algo extendida á las operaciones que son análogas á las necesarias para su conservacion y propagacion; y de aquí proviene claramente, que los animales aprendan las operaciones que se conforman ó favorecen los impulsos del instinto natural, y sean incapaces de aprender las operaciones que á dichos impulsos no son conformes (y mucho ménos las contrarias), aunque sean mas materiales y mas fáciles de aprender. He aquí descubierto el misterioso obrar de los animales.

Esta asercion, que nos descubre la naturaleza del instinto de los animales, se prueba claramente con la siguiente reflexion. Los animales aprenden algunos determinados ejercicios, y los llegan á hacer con mayor exáctitud y perfeccion que los hombres: no por esto se podrá decir, que los animales se aventajan á los hombres en razon. ¿Cómo pues los llegan á exceder en la perfeccion de algunos determinados ejercicios que aprenden? Los exceden, porque estos en su raiz proceden de un principio necesitante, ó del instinto natural, modelado con la enseñanza, y extendido á las operaciones, que son análogas á las que inspira su natural instinto. He aquí la razon filosófica con que, iluminado el hombre, dexa de maravillarse al ver, que un guarda de puercos, que internándose con una manada de centenares de ellos en un espeso é intrincado bosque, y manteniéndolos unidos por tres dias, los lleva á dormir al sitio en que

que hace la majada; al quarto dia les da absoluta libertad; ellos se descarrian; se alejan de la majada seis y siete leguas; andan errantes por el bosque buscando la bellota; y al caer el dia, todos, como si tuviéran relox á vista, ó fuéran llamados á son de campana, encaminándose á la majada, llegan á ella casi al mismo tiempo, sin extraviarse, y como si fuéran tirados de cuerdas que terminasen en la majada como en un centro. Esto, que parece fenómeno, se ve repetido tantas veces, quantas el guarda muda de majada. En este caso vemos, que el puerco obra segun le han enseñado: mas al mismo tiempo añade á la enseñanza una nueva perfeccion, de que no es capaz el hombre mas práctico en caminar por los bosques; pues si este se internase seis leguas en un bosque cerradísimo sin sendas, no sabria quizá dar en un mes con el sitio de la majada; y cada puerco descarriado por sitios adonde el guarda no los ha llevado, y sin atender á señal alguna, ni entender horas del tiempo, viene derechamente á la majada en hora determinada, como si fuese tirado de una cuerda; esta es el impulso de su natural instinto. Asimismo en las bestias, de que nos servimos para cavalgar, advertimos, que quando ellas han ido una vez por un sendero, no le yerran; y por esto nos abandonamos á su direccion como á la de la mas práctica guia. En estos y otros casos semejantes, en que precede la enseñanza, estamos obligados á reconocer claramente los efectos del obrar de la naturaleza, y no los del conocimiento; quando no se quiera decir que los animales exceden infinitamente á los hombres en el conocimiento; absurdo, que nunca se podrá decir; porque si tales operaciones provinieran de conocimiento, este seria de una naturaleza quimérica; ya que en ciertos ejercicios seria angélico,

y en otros seria nada. Los animales pues, incapaces de hacer por medio del conocimiento las dichas operaciones, las ejercitan en virtud de los instintos que la enseñanza modifica; mas en la modificación siempre se esconden relaciones claras al fin de la conservación y propagación de los animales. Las operaciones que los animales aprenden, parecen totalmente diversas de las que practican abandonados á la sola dirección de su instinto; mas analizadas filosóficamente, se hallarán siempre análogas á ellas: sino hay esta analogía en las dichas operaciones, que parecen diversas, los animales no las aprenderán jamas: son incapaces de aprenderlas. Demuestro estas proposiciones con los exemplos prácticos que se han alegado. El acierto que los animales en que cavalgamos tienen para llevarnos sin errar por senderos en que nos perderíamos; y la exactitud de los puercos en volver á su majada en tiempo determinado, y sin extraviarse ni perderse por los mas cerrados bosques, no son otra cosa que efectos del instinto natural de los animales para salir de sus camas, cuevas ó nidos con el fin de alimentarse, y despues volver á sus moradas para lograr descanso, y librarse de las inclemencias del tiempo. Toda la enseñanza humana en determinar majadas, se reduce á determinar otros tantos nidos ó cuevas para su morada. Así los puercos por la mañana salen en fuerza del natural instinto para buscar el alimento, y por la tarde, gobernados del mismo instinto, vuelven á su morada en aquella hora que es comun á todos los individuos de su misma especie. Este obrar, léjos de llamarse efecto de conocimiento, se debe reconocer y llamar justamente efecto de indispensable necesidad, que los animales tienen de obedecer á la ley natural y necesitante que el supremo Hacedor les dió para la conservación y pro-

propagación propia. Lo que los puercos hacen en los bosques, se ve en los aviones y vencejos, que atropados multuaria y confusamente por la atmósfera, distinguen repentinamente sus nidos, y frecuentemente visitan á los hijuelos que en ellos tienen.

Las particulares habilidades que se ven en los perros llamados galgos y perdigueros, son efecto de la enseñanza; mas en su raíz provienen de los impulsos del instinto necesitante que se extiende á ellas. Todo su conocimiento y toda su industria no son otra cosa que el instinto ó ley natural y necesitante; y toda la enseñanza que les da el cazador, no es otra cosa que la modificación de un instinto natural, relativa á otro instinto. En los perros perdigueros, por exemplo, hay el instinto natural de perseguir todo animal volátil que se pone en tierra, ó se les acerca; y de practicar todas las industrias naturales para cazarlo, como alimento que le ha destinado la naturaleza. Á este fin se hallan adornados de olfato delicadísimo, con el que llegan á percibir en donde han dormido ó han estado los volátiles, y van siguiendo el rastro de ellos. Todo esto hacen, dirigidos del principio necesitante, que conspira á su conservación. Si con la enseñanza aprenden á no seguir ningun otro volátil sino la perdiz; este obrar no es otra cosa sino efecto de otro instinto mas fuerte, que modifica y limita los impulsos del instinto de perseguir toda especie de volátiles. Sí; en los perros, como en todos los demas animales, hay el instinto fuerte y privilegiado para conservar cada uno su propio individuo; y á este fin evita, ó huye de todo lo que le ofende, ó le puede incomodar ó destruir. De este instinto se sirve el cazador que, para enseñar al perro perdiguero, le castiga quando sigue qualquiera volátil que no sea la perdiz, y le premia quando sigue ó coge á esta.

En

En varias provincias de Italia, los perros cazadores se llaman perros de codornices, porque comunmente aprenden solamente la caza de estas; y si tal vez en dichas provincias encuentran alguna perdiz, no la siguen, porque no es de la especie de aquellos volátiles que pertenecen á su enseñanza. Todo esto se reduce á hacer prevalecer en el perro el instinto fuerte de conservar su individuo, al qual se opone el castigo que le dan quando sigue otros volátiles, y animales diferentes de los que la enseñanza y el castigo le prescriben seguir y cazar. Las industrias del perro enseñado para lograr la caza, son siempre análogas á los efectos del instinto natural con que la haria sin enseñanza alguna; y radicalmente son como las industrias de las abejas, hormigas, &c. en orden á los objetos á que se limita su instinto. En muchísimos animales, las operaciones de un instinto se pueden modificar con las de otro instinto que sea mas fuerte; y esto determinadamente sucede, y se logra fácilmente en todos los animales destinados al servicio humano.

De este modo, que sorprende y dexa estática la mente del filósofo verdadero que lo considera, la infinita sabiduría de nuestro supremo Hacedor, prescribió á las plantas leyes necesarias y simples para vejetar y producir flores y frutos: á los insectos prescribió otras leyes ménos simples, pero necesarias, con que se propagasen, nutriesen, se alimentasen con determinados manjares, y produxesen obras admirables y útiles al género humano, como lo hacen las abejas, los gusanos de seda, y otros insectos; y á los animales mas perfectos que destinó al inmediato servicio del hombre, prescribió otras leyes particularísimas, y mucho ménos simples, con que se conservasen, se propagasen, y sirviesen al hombre. Á este fin era necesario, que sin detrimento de su obrar natu-

tural tuviesen varios instintos que se modificasen recíprocamente por la industria humana, pues de otra manera serian inútiles al hombre: serian como plantas andantes con notable daño de los hombres. Toda la ciencia de estos en enseñar á los animales algunas habilidades ú operaciones, consiste en contraponer las de un instinto á otro instinto ménos fuerte; en cuyo caso los animales obran siempre por impulsos que tienen su raiz en un principio necesitante, y no en la razon. Por esto los animales, para volver á sus nidos ó camas, ó á las majadas, no se dirigen ni gobiernan por las señales de árboles, yerbas, senderos, &c. como hacen los hombres en quienes la razon del espíritu suple el defecto del instinto de la naturaleza, si no se abandonan ciegamente á una ley natural, ó á un impulso proveniente de principio necesitante que los gobierna.

El influxo y la direccion de este principio necesitante se observan claramente en todos los animales, y nos hacen conocer claramente la uniformidad de sus costumbres, ó mudanza constante de ellas en circunstancias determinadas. Por exemplo, vemos que los animales mas domésticos y mas tímidos se muestran repentinamente intrépidos, valientes, y aun temerarios, atreviéndose á reñir con animales mas fuertes quando se hallan en caso de defender sus hijuelos. Vemos que los animales mas descuidados, en el parto, y despues de él por algunos meses, se muestran repentinamente diligentísimos; y que los mas golosos, por alimentar sus hijuelos, quedan hambrientos, como cantó Homero. Parece que en los animales no se pueda dar acto de mayor conocimiento, que el comun de exponer su propia vida por defender la de sus hijuelos, y sufrir las agudas punzadas del hambre por alimentarlos. Pero si estos actos son efectos

del conocimiento, ¿ cómo es posible que se hallen tan constantes en todos los animales ; y que sean tan varios en los hombres dotados de razón ? ¿ Por qué los animales , despues que ha pasado el tiempo necesario para la crianza de sus hijuelos , no los socorren en otras necesidades ó peligros , ántes bien los persiguen y maltratan como á enemigos ? ¿ Por qué algunos animales se comen los hijos , por cuya defensa exponian ántes la propia vida ? Ah ! que todos estos efectos, verdadera ó aparentemente contrarios , continuados ó suspendidos en determinadas circunstancias , provienen siempre , no de razon , sino de instintos ó principios necesitantes : á estos los debe reducir la consideracion filosófica , admirando con humildad y confusion las obras de la eterna é infinita sabiduria del Hacedor.

Pesando con justa balanza todas las razones expuestas , se infiere demostrativamente , que los animales obran , no por razon , sino dirigidos de instintos ó principios necesitantes ; y que los filósofos que , considerando á los animales como máquinas , quieren explicar todas sus operaciones por medio de simple y puro mecanismo , se apartan de la verdad infinitamente ménos que los que quieren concederles qualquiera conocimiento , aun el mas imperfecto.

Es difícil , ó casi imposible , que la mente humana llegue á conocer la verdadera naturaleza del principio , ó ente necesitante que impele los animales á obrar ; mas no obstante esta ignorancia , parecen evidentes las dos siguientes proposiciones : 1.<sup>a</sup> De las operaciones que constantemente son comunes á los individuos de cada especie de animales , la causa no puede ser sino un principio necesitante que los dirige y gobierna como las leyes físicas de la naturaleza determinan la vejetacion y propagacion de las plantas.

Es

2.<sup>a</sup> Es evidente que varias industrias ó ejercicios que los animales hacen por enseñanza , tienen relacion clara con otras operaciones , provenientes del instinto natural , ó de principio necesitante ; y consiguientemente deben provenir de estas mismas causas. Lo mismo se debe decir de las demas habilidades é industrias que hacen por enseñanza , aunque en ellas no se descubra relacion clara , con las operaciones provenientes del instinto natural ; porque el no descubrirse tal relacion , no prueba que no la haya ; y porque si tales industrias no son efecto del instinto , lo serán de la razon ; esto es , de una razon quimérica , cuya limitacion , en casos determinados , repugna á la idea metafísica que se tiene de toda razon. Para prueba de esto servirá la siguiente reflexion. Todas las causas son uniformes y constantes en obrar , segun su naturaleza , quando concurren las mismas circunstancias ; por tanto , si un animal obra por razon , quando por enseñanza distingue dos objetos materiales , deberá obrar también por razon en la distincion que se le enseña de otros dos objetos materiales , diversos y mas fáciles de distinguir ; mas la experiencia demuestra que no sucede esto , pues se ve que algunos animales aprenden fácilmente ciertas habilidades , y se muestran incapaces para aprender otras mas fáciles ; luego es necesario decir , que todas sus operaciones aprendidas tienen relacion esencial con otras provenientes de principios necesarios , y que de ellos proceden. Segun lo expuesto , y lo que vemos en la universal naturaleza , si queremos filosofar rectamente , parece que deberemos discurrir así. Por quanto los animales mas perfectos que conocemos , no se muestran capaces de aprender sino determinadas operaciones materiales , y limitadas á varias especies , si se encontráran otros animales capaces de aprender otras operaciones ma-

Nn 2

te-

teriales, de cuya práctica é instruccion son incapaces los primeros, serian ciertamente mas perfectos que estos, ó de orden superior á ellos. Asimismo, experimentándose que los animales mas perfectos que conocemos, nada adelantan aun en lo material, que por la naturaleza no se dirija á su conservacion, si hubiera animales capaces de adelantar algo solamente en el orden material, y con relacion á sus placeres, ciertamente esta tercera clase de animales seria de orden superior á las dos clases antecedentes. Mucho mas superior seria la clase de aquellos animales, que no solamente fuese capaz de adelantar algo en lo material, con relacion á sus placeres, sino tambien de examinar y reducir á máximas ó principios fundamentales las relaciones de los efectos sensibles con sus respectivas causas. Seria de superior perfeccion la clase de los que no solamente penetrásen la relacion de las causas materiales con sus efectos, su influxo, atraccion, repulsion, &c. sino tambien llegase á formar idea de los objetos inmatrimales, de sus esencias, de la verdad y falsedad de los juicios, y de quanto pertenece á la pura metafísica. Ultimamente, seria de perfeccion infinitamente superior un ente espiritual, que ademas de los conocimientos expuestos, y relativos á la física y metafísica, tuviese tambien los que suministra la ética, en cuyos principios se fundan todas las relaciones morales de las criaturas entre sí y con su Criador; y las máximas que arreglan los deberes de la religion, de la sociedad civil, y del uso que las criaturas superiores deben hacer de las inferiores á ellas subordinadas, ó destinadas para su servicio. Un ente espiritual de esta naturaleza; ente que trascienda con su conocimiento lo material é inmaterial, lo físico, lo metafísico y lo moral, y no reconozca límites en inventar é idear cosas nuevas, es el espíritu humano, el qual

á la mas simple reflexion se presenta, y aparece claramente espiritual, inmortal y libre por esencia; á distincion del espíritu de los animales, el qual, aunque se le conceda conocimiento imperfecto, á despecho de las razones alegadas, que demuestran su imposibilidad, depende evidentemente de lo material en que principian y acaban, y á que se limitan todas sus operaciones, y es totalmente incapaz de ideas metafísicas y morales.

## ARTÍCULO III.

*La espiritualidad del alma del hombre.*

En los discursos antecedentes, al impugnar la materialidad del espíritu humano, establecer su naturaleza, y demostrar su diferencia del alma de los brutos, se han insinuado algunas razones que indirectamente probaban su espiritualidad; y ahora directamente se demostrará esta, uniendo todas las reflexiones que la consideracion física, metafísica y moral de la naturaleza del espíritu humano, suministra para inferir y evidenciar su espiritualidad. Segun los principios de metafísica, son de diversa especie las substancias, cuyas propiedades físicas ó metafísicas son incompatibles; y evidentemente son incompatibles las propiedades del espíritu humano, y de la substancia material. A esta es esencial la inercia, repugnante no solamente á la virtud motriz, sino tambien á la vital y sensitiva, que incluyen esencialmente la misma virtud motriz; por lo contrario, al espíritu humano repugna la inercia, pues experimentamos, que él por sí mismo piensa, promueve, fomenta, ó suspende libremente sus pensamientos y de-

seos ; y mientras el hombre siente en sí mismo estos actos intelectuales , vive y siente ; por lo que con razon atribuye la vitalidad y sensibilidad de su cuerpo al espíritu que produce tales actos. Al hombre es tan natural el obrar mentalmente , que el vivir sin materia en que exercitar sus actos mentales , es para él especie de muerte vital. El hombre , aunque abunde de bienes de fortuna , busca con ansia , y sufre gustosamente las fatigas de la ocupacion , y vive teniéndolas siempre por menor pena que el ocio. Su alma, siempre deseosa de encontrar nuevo pasto de pensamientos , y siempre ocupada en ellos , le dice que por naturaleza es enemiga de todo ocio mental. Lo que en lo físico es mas penoso al espíritu humano , es lo que mas repugna físicamente á su naturaleza ; y ciertamente al espíritu del hombre sano , en la calma de los placeres mundanos , no hay cosa que le sea mas penosa que la ociosidad. Figuraos al hombre mas sano y regalado , que teniendo vendados los ojos, oídos , &c. ande errante , sin poder apacentar su mente con las ideas de impresiones de nuevos objetos ; en este caso su espíritu no dexa de obrar , ántes bien obrará tan fuertemente , que llegue á desconcertar sus humores , y el mecanismo de su cuerpo. Este obrar continuo é interno por propia actividad , repugna á todo lo material ; por tanto repugna que el espíritu sea material.

El obrar de todos los agentes materiales , es necesario siempre que en ellos se supongan las cosas necesarias , ó prerequisites para que exista el efecto ; así el fuego calienta necesariamente , la luz alumbra , y el movimiento traslada los cuerpos de un lugar á otro ; mas el espíritu humano , teniendo ya todos los prerequisites para obrar , ó determinarse , suspende quando y como quiere sus operaciones con toda libertad.

El

El bruto en libertad no suspenderá jamas su operacion contra lo que le sugiere su instinto ó fantasia ; y el espíritu humano la suspenderá siempre que quiera. La necesidad y la libertad son dos propiedades intrínsecamente contrarias , con repugnancia esencial para existir en un mismo agente sobre los mismos objetos, ó en orden á las mismas operaciones. La necesidad es propiedad esencial de todo lo material ; luego á este repugna la libertad , la qual por tanto solamente puede existir en agente inmaterial ó espiritual.

Los efectos de toda causa material deben ser materiales ; y repugna efecto inmaterial de causa material , porque seria mas noble que su misma causa. Todo lo material ocupa espacio ; y un punto material ( aunque se suponga indivisible ) no puede ocupar el espacio en que deben estar muchos puntos materiales. Segun estos principios , si las ideas , aun de objetos materiales , fuéran materiales en qualquiera sentido por su extension , intension ó duracion , ocuparían espacio , y el agente que las produce y recibe , seria divisible. Si las dichas ideas ocuparan espacio , este deberia ser inmenso , siendo innumerables las ideas de objetos casi infinitos en número y grandeza. Si el espíritu fuera divisible en cada parte infinitísima de él , la impresion de un objeto solo , por exemplo , de una estatua , excitaria ideas de tantas estatuas , quantas fuéran las partes infinitísimas de que se componía el espíritu. Las ideas del cielo , tierra , mares , &c. son algo ; mas ciertamente no pueden ser cosa material ; luego son cosa espiritual.

Á las ideas de la mente humana no comunican sus propiedades los objetos : así no es infinita la idea del infinito ; ni es divina la idea de la divinidad. Por tanto , de la materialidad de los objetos que el espíritu conoce , falsamente se infiere que son materiales

sus

sus ideas. Tampoco lo son por razon del principio que las produce; porque lo material, esencialmente inerte, es incapaz de producciones activas; luego las ideas mentales no son materiales.

La naturaleza de las operaciones de qualquiera ente, no puede ser superior á la del propio ente: asimismo la mayor felicidad de un ente no puede ser de calidad superior á la naturaleza del mismo ente; porque si lo fuera, este seria incapaz de gozarla. La razon natural dicta, que un ente material es incapaz de felicidad espiritual, y que esta solamente se puede gozar por un ente espiritual. De aquí es, que si llegamos á conocer la naturaleza de los placeres de un ente, conocerémos tambien la naturaleza de este. Observemos los placeres del hombre. En este, como bien distingue Sherlock (1), se ve por experiencia darse dos especies de felicidades independientes entre sí, y diversísimas en especie: unas crecen, menguan y perecen con el cuerpo, y se llaman materiales ó corporales; porque de él dependen, y él prácticamente las goza: otras son claramente del espíritu, sin mas conexión ni relacion al cuerpo, que ser este morada del espíritu quando las tiene y goza; tales son los placeres que resultan del conocimiento de las ciencias, y de la virtud. Todos los hombres tienen práctica demostrativamente experimental, de su ejercicio, placer y deleyte en el conocimiento, y en los progresos de las ciencias, de la verdad, bondad moral, &c. y este placer y deleyte no pertenecen ciertamente á lo material incapaz de su goce. Los alimentos

(1) *De l' immortalité de l' ame, et de la vie éternelle par Guillaume Sherlock. Traduit de l' anglois. Amsterdam. 1708, 8, ch. 2, sect. 2. p. 87.*

tos de cada substancia nos descubren la naturaleza de esta; y el deleyte en el uso de ellos, si la substancia es capaz de tenerle, nos hace reconocer mejor la naturaleza de la substancia: así dixo bien un poeta (1).

*Os sibi vult escas, lactatur imagine rerum*

*Visus, in exemplis fercula mentis habe.*

*Ægris prima, secunda pigris, sed tertia doctis*

*Mensa placet, vires, otia, dogmata parant.*

Los platónicos, con quienes convienen San Gregorio Nacienceno y San Gregorio Niseno, para probar la espiritualidad del alma se valian de la diferencia esencial, y naturaleza diversa de los manjares materiales con que se alimenta y deleyta el cuerpo, y de los actos mentales con que se apacienta gustosamente el espíritu. Este tanto se alimenta y deleyta con los actos mas elevados con que considera la esencia, bondad &c. de las cosas, la probabilidad y verdad de las aserciones, que abstraída en su contemplacion, queda insensible á las mas fuertes impresiones de los objetos materiales. El cuerpo, como dice San Gregorio Niseno en el *diálogo sobre el alma*, tiene sus propias calidades, las quales son sensi-

(1) *Philippus Abbas: fragmenta: véase Q. Tertuliani opera cum notis Joan. de la Cerda, Soc. J. Paris, 1630. fol. vol. 2. En el vol. 2. lib. de anima, cap. 6. §. 102. p. 251. Cerda en las notas á este capitulo pone las mejores pruebas de los platónicos para demostrar la espiritualidad del alma: pruebas que, como bien nota Cerda, en vano pretende impugnar Tertuliano.*

sibles; mas las virtudes y los hábitos del espíritu no se sujetan ni miden, ó gozan por ningun sentido; y así deben ser espirituales. La razon, la experiencia y la opinion comun de todos los hombres, convienen en que la felicidad y el placer puro del alma por el conocimiento de la sabiduría y de la virtud, son mayores, y de calidad infinitamente mas noble que la felicidad y los placeres corporales. A ninguno se ha echado en cara que es muy sabio, prudente, humano y virtuoso. El exceso en los placeres corporales, aun por los viciosos no se alaba, y entre todos llega á ser infamia; pero jamas ha sido ni será vituperable el exceso en la sabiduría y en la virtud sobre la comun práctica de los hombres, y aun quando no hubiera otra vida, y el espíritu pereciera con el cuerpo, la virtud siempre seria objeto de la alabanza, del premio y de la admiracion; y las leyes de la mejor sociedad civil la inspirarian y protegerian. ¿En qué nacion, aun la mas bárbara, la ciencia y la virtud no ha merecido la alabanza y el respeto á quien las profesan? Ninguno hasta ahora ha sido alabado por abandonar los deleites espirituales, y ninguno ha sido castigado ó vituperado por abandonar los sensuales. Los deleites mas geniales á un ente son los que mas se le asemejan en la naturaleza; y son aquellos que no le dan nunca materia de arrepentimiento. ¿Quándo el hombre se ha arrepentido por haber sido sabio ó virtuoso? Si el alma no fuera espiritual, anhelaría solamente por los deleites que no son espirituales: no tendria fuerza ni gusto para combatir y contradecir á la corporal inclinacion, y al placer de los sensuales: ni aun seria capaz de tener otros deleites. El placer sensual que logra el cuerpo, proviene de la impresion de objetos exteriores, sin cuyo in-  
flu-

fluxo no podrá gozarlo, porque lo material no puede acarrearle por sí mismo ningun placer; mas el espíritu que piensa por sí mismo, y se deleita de sus pensamientos y conocimientos, por sí mismo se ocasiona y produce su placer y deleite; por tanto, el espíritu no puede ser cosa material, y sin dependencia de toda materia goza sus deleites y placeres.

## ARTÍCULO IV.

*Inmortalidad del espíritu.*

Es raiz de todas las ideas que al hombre forman civil en la sociedad con sus semejantes, y obsequioso y sujeto á Dios en la religion, la inmortalidad de su espíritu: sin ella vacilarian, y aun desaparecerian la religion y la sociedad: sus leyes se mirarian como lazos ideales contra la libertad que daba la naturaleza sensible: los placeres de esta serian la única ocupacion, y el objeto solo de los hombres; y la sociedad civil, y la inclinacion humana para estar en ella, serian causas y efectos que, repugnando entre sí, conspirarian á hacer al hombre mas infeliz que las fieras. De tantas y tales consecuencias seria la mortalidad del espíritu humano: la naturaleza, igualándole en ella con el espíritu de las bestias, seria madre piadosa de estas, é inhumana madrastra de los hombres: la criatura mas feliz seria la menos noble y menos enriquecida de dotes naturales: el espíritu humano en fin, si fuera mortal, existiendo seria menos feliz que la nada. Estos absurdos resultantes de la mortalidad del espíritu humano, dan bien á entender que esta es quimérica. Demostraré esta verdad con razones evidentes, que subministran las ideas reveladas divinamente, ó